



"NOS PARAMOS DE MANOS CON LAS PALABRAS": EL GESTO DE INVITAR A ESCRIBIR Y EL ACTO DE PUBLICAR UN RELATO DE FORMACIÓN. LA HISTORIA DE WAIKIKI

"ESTAMOS DE MÃOS DADAS COM AS PALAVRAS": O GESTO DE CONVIDAR A ESCREVER E O ATO DE PUBLICAR UMA HISTÓRIA DE FORMAÇÃO. A HISTÓRIA DE WAIKIKI

"WE STAND HANDS WITH THE WORDS": THE GESTURE OF INVITING TO WRITE AND THE ACT OF PUBLISHING A EXPERIENCE STORY. THE HISTORY OF WAIKIKI

Cyntia Ethel Bustelo¹

Resumen

En el presente artículo pongo a disposición la historia de formación de Waikiki. Pretendo, de este modo, fundamentar la relevancia que reviste para el mundo académico y pedagógico la producción y circulación de relatos de experiencias de formación para conocer los mundos de vida por un lado, y por otro, poner a discusión las reglas de escritura consagradas y dominantes en el campo académico. Para eso, decidí detenerme en dos gestos, movimientos u operaciones que deseo traer al diálogo: la posibilidad de invitar a escribir como gesto de generosidad y la obligación de hacer circular lo escrito como acto político pedagógico. En definitiva, es mi intención discutir formas otras de hacer ciencia y pedagogía, que se desprenden de modos de escribir como forma de agenciamiento y de pensar esa escritura colectiva, vital y corpórea, como una forma de pedagogía.

Palabras clave: relato de formación; escritura; pedagogía; cárcel

Resumo

Neste artigo, disponibilizo a história de formação do Waikiki. Pretendo, assim, fundamentar a relevância para o mundo acadêmico e pedagógico a produção e circulação de histórias de experiências formativas para conhecer os mundos de vida por um lado, e por outro, colocar em discussão as regras da escrita consagradas e dominantes no mundo acadêmico. Para tanto, decidi me deter em dois gestos, movimentos ou operações que desejo trazer para o diálogo: a possibilidade de convidar a escrita como gesto de generosidade e a obrigação de fazer circular o que está escrito como ato político pedagógico. Em definitiva, a intenção é discutir outras formas de fazer ciência e pedagogia, que surgem das formas de escrever como forma de agenciamiento e de pensar essa escrita coletiva, vital e corporal, como forma de pedagogia.

Palavras-chave: relatório de estágio; escrita; pedagogia, prisão

Abstract

In this article I present the formation history of Waikiki. In this way, I intend to substantiate the relevance for the academic and pedagogical world, the production and circulation of stories of training experiences to know the worlds of life on the one hand,



and on the other, to put into discussion the consecrated and dominant writing rules in the academic field. For that, I decided to explore two gestures, movements or operations that I wish to bring to the dialogue: the possibility of inviting to write as a gesture of generosity and the obligation to circulate what is written as a pedagogical and political act. In short, it is my intention to discuss other ways of doing science and pedagogy, which arise from ways of writing as a form of assemblage and of thinking of collective, vital and corporeal writing, as a form of pedagogy.

Keywords: training story; writing; pedagogy, prison

Recepción: 22/07/2021

Evaluado: 24/08/2021

Aceptación: 13/09/2021

Introducción

En las páginas que siguen, pondremos a disposición una historia de formación producida y publicada en la tesis doctoral: "Experiencias de formación en contextos de encierro: un abordaje pedagógico desde la perspectiva narrativa y (auto) biográfica" (Bustelo, 2017). La misma tuvo como propósito indagar, reconstruir e interpretar experiencias de formación en contextos de encierro que hayan resultado significativas y hayan permitido algún quiebre en la vida de las personas detenidas, provocando reposicionamientos subjetivos y colectivos. La estrategia de indagación es cualitativa, en una vertiente narrativa y (auto)biográfica que vincula educación y narración a través de la reconstrucción de relatos de experiencia para comprender los modos de decir y hacer, los procesos, las tácticas que pusieron en juego las personas que lograron interrumpir, resignificar y resistir el encierro.

En la tesis doctoral reconstruí cinco relatos de experiencia de formación en cárceles federales que fueron presentados como historias de formación. El propósito fue que a través de ellos se logre acceder, comprender e interpretar los mundos narrados, que se tornen valiosos por el modo de conectarse con las historias y las personas, por lo que ellas traen, movilizan, dicen, denuncian, cuentan, relatan, arman y permiten desarmar. A su vez, este modo de presentación puede resultar un documento pedagógico comunicable que logre mover imágenes estáticas o trastocar discursos estigmatizantes donde anidan sentidos, para dar lugar a una nueva producción de escritura, escucha, análisis e intervención en el campo de la educación en contextos de encierro.

Presentaré en este artículo una de las historias, la de Waikiki. Pretendo que este y los otros relatos ayuden a entender la configuración de determinados espacios pedagógicos en contextos de encierro, tanto las comprensiones y estrategias que ponen en juego las personas que habitan dicho territorio como aquellos sentidos inimaginables, diversos, heterogéneos que ellas le confieren a la experiencia de formación. Deseo así instalar y desplegar líneas de reflexión y acción teórico-político-pedagógica sobre el campo de la educación en contextos de encierro y sobre la pedagogía en su conjunto.

Invitar y circular: gestos de resistencia en torno al relato

Quisiera plasmar en estas páginas que anteceden al relato de experiencia de formación, por qué me interesa publicar una historia en una revista de investigación académica. Para eso, decidí detenerme aquí en dos premisas, movimientos u operaciones que deseo traer al diálogo: la posibilidad de invitar a escribir como gesto de generosidad y la obligación de hacer circular lo escrito como acto político pedagógico. En definitiva, es mi

intención poner a discutir formas otras de hacer ciencia y pedagogía (Santos, 2009), que se desprenden de modos de escribir como forma de agenciamiento, de pensar la escritura como una forma de pedagogía y de cómo esos cruces e intersecciones de fronteras derivan en una "intervención en pos de otro reparto de lo sensible" (Naput, 2021 p.105).

Me inscribo en una discusión epistemológica ya iniciada y robustecida con fuertes e importantes debates que atraviesan regiones y tocan las cuestiones políticas, epistemológicas, pedagógicas, sensibles, afectantes del campo de las ciencias de la educación (Alliaud y Suárez 2011; Bolívar 2002; Connelly y Clandinin 2008; De Souza 2010; Delory-Momberger 2015, 2009; Larrosa 1995; Porta 2021; Porta y Flores 2017; Suárez y Argñani 2011, entre otros). Pretendo sencillamente colaborar en la posibilidad de "dislocar sentidos y producir movimientos sensibles" (Porta, 2021, p.33) que pongan en tensión "prejuicios improductivos" (Suarez y Bustelo, 2020, p.373), para dar lugar a otros posibles modos de decir y hacer el mundo educativo.

En el debate sobre la investigación de la experiencia, José Contreras (2016) advierte que,

la investigación de la experiencia da lugar a un saber que no funciona exactamente como información, ni como conocimiento acumulable; no pretende transmitir las conclusiones del pensamiento, sino dar lugar a un pensamiento vivo. En este sentido, su aspiración no es la elaboración de un saber teórico abstracto, sino encarnado. Y como investigación educativa, preocupada por la forma en que puede iluminar el hacer, la investigación de la experiencia no pretende abstraer principios de lo que ocurre para después comunicarlos como tales, esperando que guen la práctica. Por el contrario, el propósito de la investigación de la experiencia es poder partir de lo vivido para hacerlo pensable y expresable mediante el relato (p.28).

Adhiero a la potencia del relato para conocer y hacer el mundo, y sugiero que hay dos movimientos en torno a él que aquí nos convocan: la invitación a escribir un relato como gesto de generosidad y la posibilidad de hacerlo circular como acto político pedagógico. Sonia Bazán y Luis Porta (en una composición colectiva junto a José Treiner y María Graciela Di Franco), aportan elementos para pensar en una pedagogía del gesto; desde allí nos acercan a la idea de aquellos gestos que "reanimen la interioridad, movilicen el pensamiento y susciten intercambios para que, en términos de Petit (2016), sea posible un arte de vivir cotidiano a partir de ser, sentir y hacer el mundo, los mundos posibles" (2020, p.13). El gesto de invitar a escribir, como convite generoso que permite registrar y recrear mundos, se sustenta en la escritura como esa

fuerza vital, y a la vez sofisticada filigrana, que nunca deja de apostar a la sutileza y al desacuerdo. (...) transitando la conmoción de les que saben no elegir entre la risa y el llanto y que viven la situación de escritura como un modo de acunar, abrazar, tocar (nos) el mundo, como un modo de explorar y compartir. (Naput, 2021, p.104).

Como afirma en una entrevista Liliana Cabrera, poeta que estuvo detenida ocho años en la cárcel de Ezeiza, integrante del colectivo político y cultural YoNoFui²:

para mí escribir es un registro de lo que me va pasando. Y también es una forma de asimilar de diferente manera lo que me pasó. Muchas veces, las diferentes vivencias que tengo las reinterpreto a partir de la escritura y de esta nueva forma de pararme que tengo en la vida. Entonces para mí muchas veces escribir es poder pensar y meditar sobre esas cosas, y poder reinterpretarlas desde otro lugar (Sbdar y Parchuc, 2020, pp. 238-239).

Juan Pablo Parchuc, coordinador de las actividades de la Facultad de Filosofía y Letras en las cárceles, insiste en que



"ese "otro lugar" no es solo un posicionamiento individual, producto del contacto con otros lenguajes y experiencias, sino que se vuelve colectivo en el espacio abierto por el arte. Es decir, tiene como condición de posibilidad una técnica o un lenguaje compartido, un espacio y una agencia en común" (2021, p.15).

En ese sentido, con la posibilidad de invitar a escribir estoy pensando en un gesto de expresión y resistencia. En la oportunidad de "reencontrarse, levantar la vista y agrupar nuevas constelaciones" (Porta, 2021, p.19) que permitan imaginar y recrear otros mundos posibles, de transformación colectiva (Delfino y Parchuc, 2017). Pero también que la invitación y la escritura, funcionen como intervención, en el acto mismo de agruparnos, enredarnos, convidarnos, tejernos, disponernos en ronda para construir "múltiples epistemologías, saberes y prácticas emancipadoras, todas ellas finitas e incompletas y, por ende, solo sustentables cuando se organizan en redes" (Di Leo, 2018, p.10). Con la posibilidad, con el gesto de esa invitación a escribir, se inicia un trabajo subjetivo, íntimo y singular, pero también colectivo y de resistencia, en el que, como propone María José Rubin (2020) en relación a las revistas que se producen y publican en contextos de encierro, "sostenemos abierta la pregunta por quiénes somos" (p.140). Como sugerimos en otro texto, la escritura de narrativas de experiencia en el campo académico reviste "un carácter rebelde, indisciplinado, revulsivo, que nos permitiría pensar y escribir de nuevo, más inseguros e impropios, sobre lo importante en nuestras vidas" (Suárez y Bustelo, 2020, p.370). Como un registro de la vivencia, una posibilidad de levantar la cabeza para reencontrarse y pararse en ese "otro lugar", el gesto de la invitación a escribir, trae consigo el gesto de la resistencia.

Christine Delory-Momberguer, (2009) sugiere que "jamás alcanzamos directamente lo vivido. Apenas tenemos acceso a ello a través de historias. Cuando queremos adueñarnos de nuestra vida, la narramos" (2009, p. 38). Así, podemos decir que la invitación a escribir no es solo gesto vital de resistencia cuando se inscribe en el campo académico, también lo es para cualquier persona que pueda, desee o logre pensarse y escribirse en un texto; aventurarse en un decir que pueda derivar (o no) en la construcción de un relato de experiencia. Como es el caso de Betina, una estudiante que inició sus estudios en el Centro Universitario Ezeiza (Complejo Penitenciario Federal IV). Ella escribe bajo la invitación y el cobijo del Taller Colectivo de Edición (TCE), un espacio de formación extracurricular coordinado por el Programa de Extensión en Cárcel (FFyL/UBA). En la serie "botella al mar" que se publica en la Revista Desatadas y en las redes sociales del TCE³, Betina revela algunos elementos de la resistencia carcelaria, entre ellos, la escritura y la publicación de la revista, como una botella que navega al mar:

Acá estamos, sin salida al mar. El agua solo corre en un sentido... cloacas. Botellas no tenemos, menos de vidrio, pero escribimos. Escribimos a los Reyes sin respuesta. Mil pedidos a ese juez. Escritos, pedido de videoconferencia, solicitudes de atención médica al juzgado. Mensajes, mensajes, cartas, audiencias, hábeas corpus y cero botellas para meterlas.

En diciembre de 2018, cuando llegaba Navidad, compramos un vodka. Uno solo para siete sedientas de borrachera. Fue una fiesta. Veinte litros de pájaro, un vodka y algo de drogas. Pero la botella la tuvimos que romper, claro. No pudo guardar ningún mensaje. Lo que sí pudo hacer es darnos un estado de pedo total que hizo que compartiéramos todos esos deseos y esos pedidos que nunca llegaron a ningún lado.

¡Qué Navidad! ¡Qué diciembre de 2018! Botella que unió pero no llevó nada para ningún lugar. Hubo que destruirla, no sacó nada para afuera. Ahora tenemos una botella que envía, se detiene a escucharnos, a aprendernos, a prepararnos para seguir y para seguir diciendo, aprendiendo, expresándonos. Esa botella es la revista, el Taller de Edición, que dentro de sí lleva también todo nuestro agradecimiento.



La imagen de la revista como botella me sugiere la publicación como movimiento y horizonte. Y aprovecho entonces para detenerme en el otro gesto necesario en torno al relato: el acto de publicar, de hacer circular, de darle movimiento al relato producido. En el siguiente apartado se ponen en diálogo las palabras de Waiki con las mías, elaboradas como autora de un texto académico a ser publicado en una revista científica. Esto, "plantea una provocación a la escritura y lectura académicas consagradas y dominantes" (Suarez y Bustelo, 2020, p.373) y por tanto, intenta mover (aunque sutilmente) determinadas estructuras canónicas, endogámicas y ortodoxas de la investigación tradicional.

Siguiendo esta idea, cuando sugiero el gesto de invitar a escribir como expresión y resistencia y el de publicar como movimiento y horizonte, encuentro que guarda relación con aquello que el escritor Dani Zelco acercaba en la presentación del libro *Escribir en la cárcel, prácticas y experiencias de lectura y escritura en contextos de encierro* (2020): que el acto de escribir está compuesto por lo menos de dos acciones, escuchar y mover. En base a un texto de Harry Mathews (2015), este escritor recreaba los siguientes enunciados:

¿Cómo sería escribir alrededor o dentro o hacia? Escribir alrededor de la política, escribir dentro del preparado del compost, escribir hacia el amor, escribir en la ficción, escribir dentro del génesis del universo, escribir afuera de un amigo. Escribir en la cárcel, escribir hacia la cárcel, escribir la cárcel, escribir cárcel, escribir desde la cárcel, escribir con la cárcel, escribir por la cárcel, escribir sin la cárcel, escribir fuera de la cárcel, escribir alrededor de la cárcel. (Canal Filo UBA, 2020, 1h.13m.59s)

En esta línea, uno de los capítulos de mi tesis doctoral llevó como título "Territorios pedagógicos en el (contra el y a pesar del) encierro" atendiendo a los sentidos paradójicos, contradictorios, y siempre en tensión que produce el cruce de la cárcel y la educación. Continúo el ejercicio a los fines de problematizar y potenciar mis propios interrogantes en el camino de la indagación pedagógica con enfoque narrativo; propongo por ejemplo: escribir y publicar para la cárcel; escribir y publicar por la cárcel; escribir y publicar a pesar de la cárcel; escribir y publicar con la cárcel; escribir y publicar contra la cárcel. O también, investigar la cárcel; investigar dentro de la cárcel; investigar según la cárcel; investigar sobre la cárcel; investigar contra la cárcel. O también, investigar, escribir y publicar sin Waiki; investigar, escribir y publicar por Waiki; investigar, escribir y publicar alrededor de Waiki; investigar, escribir y publicar a favor de Waiki; investigar, escribir y publicar con Waiki.

No es mi intención cerrar el sentido en una sola, sino invitar a todo aquello que las historias pueden abrir en cada persona que se acerque a leer lo escrito, es decir, a cada persona que se acerque a escuchar y mover, como gesto de resistencia.

Un relato universitario - Waikiki

"Lo irónico es que estaba leyendo Marx, Hegel, todas esas cositas de Sociedad y Estado y Ciencias Políticas y alrededor mío había mucha, mucha maldad. Estás con el oído, el ojo y la mente en la cárcel".

"Este libro de setenta y nueve poesías se llama *79, el ladrón que escribe poesías*. Lo escribió un tal WK (Waikiki), nacido en Fuerte Apache en septiembre de 1981, el año más violento de New York. Pero él nació en la Argentina un año antes de la guerra por Malvinas, de lo que no recuerda nada".

Es el año 2015, Gastón, o WK, como prefirió bautizarse a sí mismo, presenta su libro *79, el ladrón que escribe poesías*. Lo hace en el Museo del Libro y de la Lengua de la



Biblioteca Nacional Mariano Moreno, con auditorio lleno. Se ven los ojos cerrados de las personas que lo conocen y sonrían y de aquellas que intentan dibujarlo a través de su voz, imaginarlo. Intentan imaginarlo porque Waiki no está ahí. La presentación se hizo a través de un audio que los editores del libro grabaron "adentro", en Devoto, sospechando lo que iba a suceder: que el Juez no lo dejaría salir para la presentación. Como tampoco lo dejó salir para presenciar el entierro ni para conocer la tumba de su madre, que falleció, después de una esquizofrenia larga y feroz, en el año 2008. Dice que todavía está esperando despedirse de ella. Dice que todavía está esperando que lo dejen salir.

En números, la vida de Waiki puede ser algo así: nació en el 81; a los quince terminó la primaria; dieciocho trofeos recibió como campeón de ajedrez; diecisiete años tenía cuando recibió los tiros que le dejaron media cara paralizada; veinte años cuando cayó preso; tres hijas, dos nietos, treinta y cuatro años tiene ahora, catorce años lleva preso, cinco libros en gatera, sesenta cuadros pintados; ningún libro había leído hasta el buzón; incontable la cantidad de amigos que le mató la policía; mes y medio para que, supuestamente, obtenga la libertad condicional.

Waiki pasó la mayor parte de su vida —el poco tiempo que estuvo en libertad— en Fuerte Apache. Desde chiquito ya andaba en la calle, pedía y robaba porque tenía que hacerse cargo de sus dos hermanos menores. Formaba parte de la Banda de Rosendo; pasaba mucho tiempo con él. Muchos de sus amigos de esa banda ("los que formaron mi carácter", dice Waiki) fueron protagonistas del caso paradigmático que dio lugar al libro *La vida como castigo* de Claudia Cesaroni, que relata las vidas de estos jóvenes que fueron condenados de manera anticonstitucional a prisión perpetua por delitos que cometieron cuando todavía eran menores de edad. Otros varios, otros muchos, corrieron la suerte de vivir una historia que casi no les pertenece: jóvenes de barrios pobres que, por la precariedad de su condición, murieron, se suicidaron o fueron asesinados por la policía.

Waikiki todavía era Gastón cuando cursaba la primaria y entraba a la escuela con relojes Cartier y cadenas de oro. Se juntaba con pibes más grandes y ya había probado la droga, sobre todo el Poxi-ran. Recuerda de esa época a Teresita, una psicóloga "que me hablaba y me aconsejaba para bien". Lo acompañan anécdotas terribles sobre la escuela: lo echaron de más de cinco desde primer grado hasta noveno. En tercer grado, porque lo encontraron "jalando" Poxi-ran en la terraza. De cuarto a séptimo, pudo permanecer en una escuela porque la representaba jugando ajedrez. Gastón, pillo, encontró la forma de seguir en la escuela; pero no fue por medio de sus notas. Gastón se quedaba, o lo dejaban quedarse, porque se había topado con lo que fue para él su mejor pasatiempo antes de leer su primer libro: el ajedrez. Dice no querer sonar soberbio, pero se regodea de lo rápido que salió campeón de la escuela y, después, de los intercolegiales. Y se acuerda orgulloso del día que le ganó al profesor, lo que hizo que por una semana éste no quisiera volver a darle partida. Gastón asocia el ajedrez con el arte y con su inclinación hacia las matemáticas. "Era aficionado, cuando era más chiquitito, a las matemáticas, y esto concentraba todas las ecuaciones de las matemáticas que quería". Así terminó séptimo, negociando con Alicia, la directora, su pase al grado siguiente. A los que recuerda con un rencor un tanto infantil y ya deslucido es a sus compañeros:

En quinto grado me peleé re mal con Alejandro, un compañero; y con Sebastián, y le bajé un diente. Un quilombo, me querían echar, pero el ajedrez me mantenía. Siempre apostaban a mí en el sentido del ajedrez. Aparte, ellos conocían la situación de mis padres. Mayormente me peleaba porque me decían que era corte de la villa, de los *monoblocks*.



En su viaje de egresados de séptimo, al cual casi no lo dejaron ir “por algo que no me acuerdo, pero la había cagado bien piola”, Gastón, adolescente, se encaprichó porque no quería ir al baile, “y puse cara de guachito caprichoso y estaba re enojado y no le hacía caso y me querían devolver, ¿viste?”. Sus compañeros, atemorizados, tomaron una medida que hasta hoy recuerda: lo dejaron solo en una habitación y se fueron a dormir todos a otra. “Me tenían terror”, dice a sus treinta y cuatro años, riéndose añorado en la cárcel de Devoto. De la secundaria solo recuerda que dejó de ir porque la policía entró a la escuela para allanar y se llevó a uno de sus compañeros. Temió que pudiera pasarle lo mismo a él, y abandonó.

Sin embargo, no pudo eludir la cárcel como destino. Y en el año 2002, como muchos de sus amigos de la Banda de Rosendo, Waikiki cayó definitivamente preso, después de haberse prometido no volver a robar, porque la última vez le habían pegado un tiro y había estado tan cerca de la muerte como lo está ahora de su libertad. Tenía veinte años cuando cayó y sabía que le esperaba una condena casi tan larga como los años que llevaba vivo. Lo mandaron primero al Complejo Penitenciario Federal II de Marcos Paz. Difícil imaginar cómo entre pabellones superpoblados, peleas, gritos constantes y cumbia a todo lo que da, Waiki haya podido terminar el secundario en el CENS (Centro Educativo de Nivel Secundario) de Marcos Paz, que él mismo, junto con otros compañeros, inauguró.

Es también en un lugar tan oscuro, hostil y estéril como los “buzones”⁴ donde lee su primer libro: *El Espíritu Santo* de Billy Graham. Y la *flashea*.

Luego se entera de la existencia del Centro Universitario Devoto, y ahí se le abre un mundo: empieza su pelea por estudiar. Empieza, como él señala, su “caminito de lucha”. Waiki consigue con otros compañeros, primero, un aula para llamarle “Universidad”. Después, que lo “saquen” a rendir exámenes libres a Devoto. Estudiaba en Marcos Paz, provincia de Buenos Aires; rendía en Devoto, Capital Federal.⁵

—¿Y cómo hacías con los materiales de estudio? ¿Cómo accedían a ellos?

—Los mandábamos a pedir acá los materiales, o los mandaban por comparendo los pibes.

“Ir de comparendo” es ir a comparecer ante el juez. Es una de las principales razones por la cuales los estudiantes privados de libertad faltan a sus clases, por ejemplo. “Ir de comparendo” es algo que generalmente esperan y que es difícil que puedan rechazar. Supone una ingeniería de traslados que comienzan a la madrugada (aunque el juez los atiende a las cinco de la tarde), amontonados y esposados, en camionetas que los desplazan de un penal a otro hasta los juzgados. Las personas detenidas encuentran en ese momento de degradación absoluta de sus cuerpos la forma de hacer alianzas, pasarse material necesario para estudiar, hacer un hábeas corpus, conocer sus derechos. Hacen de aquel momento denigrante un tráfico productivo de material, vínculos y formas de organización.

Con el tiempo, Waiki comienza a pedir que lo trasladen a Devoto. No le resultaba igual estudiar solo en un aula conquistada en Marcos Paz, sin docentes, que vivir de cerca lo que allí, en el CUD, según decían, estaba ocurriendo. Sin embargo, no logra que lo trasladen por las buenas:

Fueron seis pedidos y luego me trajeron. Pero no me trajeron por tantos pedidos, sino por mal comportamiento, ya que rompí los vidrios de una “pecera”, que es el lugar desde donde se resguardan los penitenciarios. Pero quiero aclarar que rompí esa pecera porque el Jefe de Módulo quería que salga un solo equipo a jugar a la pelota, cuando siempre salíamos tres. De la noche a la mañana vinieron con esa decisión. Y como no nos poníamos de acuerdo en qué equipo de los tres iba a salir y ya se estaban por empezar a pelear entre ellos, yo opté por encarar el problema por donde venía, es decir, de parte del Servicio Penitenciario Federal (SPF), y rompí esos vidrios. El



Servicio me dio tremenda golpiza, y al mes me trajeron a Devoto. No vine por académico, sino por "cachivache".

En 2008 llega al CUD. Su ingreso fue en un pabellón con capacidad para cincuenta personas donde vivían ciento veinte. Cuando llegó, vio gente amontonada, durmiendo en el piso, pero también vio caras conocidas. Eso le evitó las clásicas peleas por la cama de abajo y por los horarios de teléfono. Eso es lo primero que uno tiene que procurarse, dice, al entrar al pabellón: cama de abajo y horario. Y solo se consigue "como se arreglan las cosas acá": peleando con los compañeros. Lo metieron en un módulo de confinamiento. Todos los que estaban ahí estaban "confinados", lo cual significa estar de alguna manera castigados. No podían salir del pabellón y, para ir al patio (espacio que desean ansiosos todo el invierno para jugar al fútbol), el Servicio los dividía para que no se cruzaran con el resto.

De todas esas personas que estaban en ese pabellón, ciento veinte aproximadamente, Waikiki era el único que "bajaba" al CUD⁶:

Lo irónico es que estaba leyendo Marx, Hegel, todas esas cositas de Sociedad y Estado y Ciencias Políticas y alrededor mío había mucha, mucha maldad. Estábamos viendo "acción social", "definición de *poder*", con el ojo en otro lado, con la mente, el oído en la cárcel. Eso es algo muy complejo. Todos dicen "le damos estudio a los presos y que estudien" pero estudiar en contextos de encierro no es fácil. Más allá de que haya exclusividad en algunos pabellones y estén tranquilos. Exclusividad es la tranquilidad. A eso me refiero. Pero cuando estás en un pabellón bardo tenés que bajar y estudiar acá. Porque allá estaba más pendiente de mi vida que de otra cosa. De tener fierro, de estar despierto, de tener mis cosas.

Para sus compañeros de pabellón, Waiki era "el universitario". En los pabellones donde la mayoría no estudia, en un pabellón "villa" por ejemplo, como les dicen a algunos sectores de la cárcel, no está bien visto que los demás vayan a estudiar. Sin embargo, Waiki tenía la combinación necesaria para sobrevivir en ambos mundos: el del pabellón y el universitario. Asegura que sus compañeros sabían que estudiaba pero también sabían que estaba "del otro lado".

—¿Cómo era tu mirada sobre ellos mientras transitabas la experiencia del estudio?

—Vi como que no son mis enemigos. Mi enemigo es abstracto. Cambié la posición de mi mirada. Es verdad que uno necesita ciertas cosas para aferrarse a algo, para sobrevivir y no es más que eso. Es una coraza. Era tener a los otros pibes como tumberos, como mal, como enemigos míos. El que hace toda la maquinaria para que el otro reaccione en contra mío es un enemigo abstracto, en este caso es el aparato represivo del Estado.

Waiki había cursado el CBC para estudiar Derecho. Esa era su intención, si bien confiesa que la universidad nunca había estado en sus planes anteriormente; no formaba parte de su mundo, ni de sus expectativas, ni de su imaginación. No es un recorrido esperable ni deseado por pibes como Waiki o como sus amigos del barrio, porque: "es muy exclusiva y a duras penas pensaba en terminar el secundario".

Pero la carrera de Derecho en la cárcel tiene el color de la codicia. La mayoría de las personas detenidas se inscriben porque les ofrece algo que ellos necesitan: les ofrece la posibilidad de aprender a defenderse a sí mismos, de ser sus mejores abogados. Sin embargo, Waiki, con una lúcida rebeldía, abandona la carrera. Derecho, en este caso, le sirvió para otra cosa:

No estudié más Derecho porque todo lo que venían diciendo chocaba mucho con la práctica, con lo que venía pasando en mi vida. Hay cosas que no quería saber para no terminar lastimado. Con Derecho me pasó eso. Por eso la dejé y me puse a estudiar Administración y Letras. Y ahí conocí a Pablo más íntimamente.

En definitiva, a Waiki lo embriaga una decepción: la de ver cómo lo que decían las leyes, los papeles, no pasaba en la vida real. Lo ve con los ojos de la experiencia, de quien la vivió y no necesita que se la cuenten. Y siente bronca, desánimo. Pero además, es capaz de ensayar aquello que más lo alejó de la carrera: recibirse de abogado para seguir reproduciendo un sistema que él desprecia, un "sistema judicial que está viciado, una realidad que no se cambia por los papeles", y un lugar, la cárcel, donde las normas no existen, no se cumplen, dependen de jueces que, afirma, "hacen lo que quieren".

Waiki es muy flaquito, no mide mucho más de un metro sesenta, y cuando habla se ve más nítida su parte algo torcida de la cara producto del balazo que recibió a los diecisiete años. Se le nota el extenso catálogo de lectura que lleva a cuestas, porque no mezquina a la hora de nombrar autores como Poe, Rimbaud, Baudelaire, Canserbero, Aristóteles, entre muchísimos otros. Y reconoce pensativo que, cuando lee un libro, siempre subraya lo que tiene que ver con el dolor, con la bronca, con el sufrimiento. Dice haber devorado libros desde el 2003, un año después de caer preso en Marcos Paz. Desde que se encontró con aquel libro en el "buzón", empezó a leer "otro y otro y otro, y una sed como un vampiro que tiene ganas de tomar sangre. La metáfora es medio chocante pero es eso la literatura, es como seguir tomando sangre".

Waiki empieza a estudiar Letras y paralelamente hace el Taller de narrativa, que ahora depende del Programa de Extensión en Cárceles:

María Elvira y Luciana para mí son profesoras de Literatura; para mí, ellas son una punta de *iceberg* en mi ánimo por escribir. Ellas me hicieron ver otras cosas en la literatura. Por ejemplo, la manera en que antes escribía, que era más bien autobiográfica. Con ellas empecé a introducir metáforas y tomé la literatura como una profesión, que es lo que es hoy para mí.

En el año 2015 publicó su primer libro, desde "adentro", con la editorial Tren en Movimiento. Pero tiene cinco libros más preparados para publicar. Todos se titulan con un número que vincula o representa su historia, la historia de la cárcel, del barrio, de la literatura, de la muerte, de la relación con su madre, de la poesía. La colección tendrá por nombre "Colección de catarsis", y la misma estética: tapa roja y número negro.

Waiki asegura y se encarga de aclarar que su literatura no es él. Escoge el modo de ser nombrado y también el modo de ser leído: "Este narrador (que odia al escritor WK) (y que también odia al portador de dicho apodo) no es más que un ser detestable (que lucha por salirse del envase) y quiere dejar en claro sus virtudes negativas".

Waiki está ahora alojado en el pabellón 50⁷, dejó de ser coordinador de la carrera de Letras y eso le dio tiempo para construir una vasta producción artística que comprende la escritura —poemas, relatos, aforismos, canciones— pero también la pintura. A su obra la llama "Arte Marginal Binario", y lo incluye dentro de las siglas que lo representan ahora como parte de un colectivo: PVC, Pensadores Villeros Contemporáneos, como se autodenomina el movimiento artístico y cultural al que pertenece, surgido en la cárcel de Devoto y del que forman parte músicos, escritores, artistas plásticos y actores, tanto detenidos como liberados.

Waiki integró la coordinación interna de la carrera de Letras en el CUD durante cuatro años. Entró para darle una mano a su amigo Fran, que estaba por salir en libertad. Fran le había hablado de Juan Pablo Parchuc, el coordinador de Letras en el CUD, y Waiki ya lo conocía porque había sido su profesor y habían "pegado buena onda". Con la formación de esta dupla se abre otra historia.

"¿Qué significa Pablo para mí? Theo y Van Gogh"



Cuenta la historia que por el año 1890 muere el pintor más famoso de Holanda, Vincent van Gogh, quien alcanzó pleno reconocimiento social recién después de su muerte. Vincent, autodidacta, rebelde de su tiempo, se dedicó a la pintura y a la lectura como afición. Quiso llevar una vida lejos del dinero, del “comercio del arte”, que consideraba simplemente una farsa. Pero para eso, necesitaba de alguien que pudiera ayudarlo a sobrevivir. Y ese fue Theo, su hermano menor y pieza clave en su vida. Esa relación está documentada en las seiscientas cincuenta cartas que desde 1872 intercambiaron. No solo fue su mecenas, lo que permitió que Vincent pudiera dedicarse al arte; en su larga relación, Theo le dio casa, dinero para comer, alquilar, imprimir copias de sus primeros lienzos, armar su propio taller y, sobre todo, fue su contención, su amigo, su llave a la vida pública, su otra oreja. Vincent muere en 1890 en un episodio confuso. Apenas seis meses después, Theo enferma y muere.

Cuenta la historia que por el año 2011, en una cárcel argentina, más precisamente en la cárcel de Devoto, Fran, coordinador interno de Letras, está por irse en libertad y le pide a su amigo Waiki, primero, que se anote en la carrera por la escasa cantidad de estudiantes; después, que lo ayude a coordinarla.

Waikiki acepta ambas, “por error”, según dice, y sobre todo, porque ya conocía a Juan Pablo, el director del Programa de Extensión en Cárceles y coordinador de las actividades de Filosofía y Letras del Programa UBA XXII, a quien Waiki llama por uno de sus nombres: Pablo.

Waiki dice que le debe a Pablo muchas cosas. Pablo cierra el primer libro que Waiki publica, con un texto que denomina “La escritura en la cárcel deja marcas” y en el cual dice:

Conozco hace varios años al escritor detrás del nombre de autor. Estudia Letras en el Centro Universitario Devoto (CUD)... por muchos años ha sido coordinador interno a cargo de estas actividades y un aguerrido defensor del espacio universitario intramuros. Su contacto con la literatura proviene de ahí. Tuvo (y tiene) como escenario y condición de posibilidad el encierro carcelario. Los 79 poemas que integran esta antología fueron escritos tras las rejas, así como muchos otros poemas, relatos, ensayos y hasta aforismos que componen la obra de WK. Una parte sigue inédita; otra puede leerse en la revista *La Resistencia*, cuadernillos y blogs. Toda, en su conjunto, integra la producción de una comunidad organizada en torno a la lectura, la escritura y —en definitiva— la palabra como acción en contextos de encierro.

Como la historia de estos dos hermanos nacidos en Holanda, la de Waikiki y Juan Pablo adquiere matices conmovedores y en ella se dibujan las condiciones de posibilidad que permiten que hoy Waiki sea Waiki, y que Pablo sea Pablo, en la vida de Waiki. En el CUD, hay tantos coordinadores como unidades académicas. Sin embargo, en el murmullo incesante de la cárcel, es un grito a voces quién es el coordinador que además de coordinar es un militante de la educación en contextos de encierro. Waiki, su socio, su amigo, su referente en el mundo carcelario, lo explica así: “Un chabón luchador, mete la cara por el centro, por su coordinación, y eso me gusta. La gente que por una idea va y se juega”. Y completa citando a Aristóteles: “Las amistades nos sirven para adentrarnos en lo que nosotros queremos y lo que nosotros buscamos. ¿Entendés? Son como psicólogos, tanto él como yo. Él puede contar conmigo para lo que sea y yo puedo contar con él para lo que sea”.

Quizás Pablo no sepa de aquella vez en la que Waiki le propuso a un compañero arreglar las cosas “como se arreglan acá adentro” cuando le pareció que estaban difamando a su amigo, a una de las personas que más confianza le tenía, a una de las personas en la que más confiaba, a su hermano del camino, a su Theo van Gogh.

—¿Qué significa Juan Pablo Parchuc en tu vida?

—Pablo, para mí... Theo y Van Gogh. Theo lo contenía mucho a Van Gogh. Sentía mucho afecto, le creía. Y eso lo hace a Vincent sobrevivir en su locura y en su arte.

Esto último le permite a Waiki ensayar una identificación con Van Gogh y con un mundo, el de la locura, que no le es ajeno. Su madre enfermó de esquizofrenia después de separarse de su padre. “Tenía la mente débil”, dice Waiki, y relata cómo esa enfermedad que genera una “disonancia en la mente” lo llevó a elegir la calle como un buen lugar para estar. Con solo siete años, “me tomaba el palo de mi casa y me iba a la calle”. Ahora, con una mente brillante y analítica, que no forma juicio de lo sano o de lo enfermo sino de aquello que sana o enferma, Waiki afirma sólido:

—Una persona tiene muchas personalidades que se van construyendo en el tiempo. Yo afuera era dado; no era un monstruo caminando, me relacionaba con la gente, tenía muchos amigos. Era como soy ahora, pero ahora estoy más lleno de otras cosas.

—¿De qué? —le pregunto.

—Lleno de todo, de vida estoy lleno. Vida en cuanto a lo que pasa. Lo que puede pasar en la cárcel. Yo sigo viviendo, a mí no me preocupa. A mí todos me dicen “ya te va a tocar”, pero yo no estoy ni ahí preocupado. Yo ya estoy libre, por un lado, y por otro lado, la vida la vivo en cualquier lado. Así sea en los buzones.

—¿Qué te llenó de vida?

—Las relaciones. Conocer más a las personas. Acá dicen supuestamente que es todo lo peor. En la cárcel y en el manicomio está todo lo peor de la sociedad, hipotéticamente, dentro de esos peores yo he conocido mucha gente muy honrada, muy buena. Y la gente que parece mala también es buena, pero cuando están con otros se hacen malos. Individualmente, la gente es buena. Pero cuando se empieza a juntar se vuelve mala porque ahí empieza todo. En la dinámica, en la dinámica de las relaciones de poder, de las relaciones sociales.

Waikiki coordinó cuatro años la Carrera de Letras. Dejó su cargo para darles la oportunidad a otros compañeros. Ahora es representante político de la Facultad de Filosofía y Letras. Su presencia es un poco más intermitente y sus compañeros de Letras cuentan que no se lo ve tanto por los pasillos del CUD porque su mente vuela a la salida, que, aparentemente, sería el 9 de septiembre de este año, 2016.

La coordinación fue para él un modo de sentirse útil “para entre los compañeros, para entre nosotros, para el profesor” (sic). Es una tarea que requiere de mucho trabajo, y Waiki explica:

Tenés que ir a los pabellones, tenés que armar las listas, tenés que hablarle a los pibes, tenés que laburar. Tenés que ir reclamando. Cuando estaba yo, nunca recibí nada, ahora hace dos años que hay peculio⁸. Le ganamos veinte puestos de trabajo en el CUD al Servicio Penitenciario.

Dice “le ganamos” porque Waiki, así como fue parte de una construcción que hoy exhibe sus frutos, también fue parte de la lucha que dio pie a esa construcción. Y porque él, como asegura, siente al CUD como suyo:

Quizás para quien viene de afuera es una institución más, pero para mí no es eso. Es amigos que estuvieron y se fueron, y muchos que ya no viven. Es el crecimiento intelectual mío acá adentro, aunque no estoy muy de acuerdo con la intelectualidad, no me la creo, al contrario.

Waiki fue parte, junto con Cacho⁹, de la huelga de hambre que llevaron adelante y hasta el final sólo algunos compañeros. Hace un relato algo pesimista, pero no menos heroico, de aquella huelga. Primero enumera las consignas:



Para que vuelvan los cursos extracurriculares, para protestar contra los avasallamientos del Servicio, para que devuelvan a los compañeros que se llevaron, para que devuelvan los lugares donde vivíamos acá. Yo no vivía pero los pibes que cuidaban y vivían acá. Habían allanado al Centro Universitario, por una denuncia medio fantasma de que había secuestros virtuales. Se llegó a comprobar que no era cierto.

Luego detalla los pormenores: "Cuando hicimos la huelga de hambre con Cacho, estaba re mal yo. Fue violento ver que todos, los ciento sesenta pibes que habíamos, todos se tiraron para atrás y quedamos cinco".

Waiki está a punto de recuperar su libertad, quiere armar afuera el Centro Universitario Fuerte Apache (CUFA). Él ya construyó su marca universitaria. La universidad entendida como él la entiende, vivida como él la vive, en el encierro, se hizo parte de él. El CUD hoy por hoy es Waiki hasta en sus paredes *graffiteadas*, murales y aforismos que delatan lecturas, escrituras, arte y construcción colectiva.

Allí, dice, se constituyó como sujeto político: "Es un lugar donde he crecido y al que le debo mucho. Y también sé los pros y los contras de todo esto. Aquí aprendí a politizar y eso para mí es fundamental. Aprendí a ser un ser político, eso me lo enseñaron acá. Pero el estudio también te hace desconfiado".

Aprendió lo que quiere para su vida sin olvidarse de quién es, porque sus proyectos, su "afuera", los piensa en su barrio de origen. La Universidad de Fuerte Apache, para chicos como él, a los que el destino les tenía preparada otra cosa. Waiki sabe lo que sabe:

No quiero alardear pero fui uno de los pioneros haciendo una cooperativa, haciendo un sindicato, las revistas, el proyecto de ley de estímulo educativo y un par de cosas más que, así como hice, sé que hay mucho más por hacer y que nunca alcanza. Yo creo que una persona viene al mundo no para ser individualista, sino para brindarse a los demás. Creo que ese es el sentido de la vida para mí. Hacer cosas para los demás.

En Waiki se mezclan, se entrecruzan, huellas que combinan la cárcel, el barrio, la calle, el encierro, la experiencia cruda, la discriminación, la violencia, la muerte cercana, las armas a los doce. Esa mezcla es Waiki, es todo eso lo que supo ser y hacer encerrado durante catorce años. Es todo eso a pesar del encierro, que se llevó con él su juventud, el nacimiento de sus nietos, los quince de su hija, la muerte de su madre. Es el relato de otro tipo de escritor, de otro tipo de universitario, pero es el relato de un universitario. Lo dicen sus palabras, lo dice cuando habla de la literatura, de la escritura, en su vida. Se esfuerza por convencer a los lectores de que él no es lo que escribe. Le escribe a todo lo que es, lo que no es y lo que no pudo ser:

Escribir cosas podridas es como tener en un clavo a una mariposa, y le sacás lo hermoso que tiene la poesía, pero también son cosas que se tienen que decir, cueste o no. Yo considero que tengo la particularidad de reventar las cosas, los sentimientos, en los textos. Es como ver una flor reventada, no te la imaginás hasta que realmente la ves y podés fijarte que pasó un camión por arriba de la rosa, está reventada pero sigue estando ahí la imagen de esa rosa. Yo creo que también soy así cuando escribo, y también escribo cosas de amor y cosas de esperanza, pero son sutilezas de la literatura. Yo las siento también. Creo que una palabra de amor mata todo lo demás, porque vendrían a ser flores en los pantanos esas frases pequeñas de amor o de humildad.

—Sin embargo, hay palabras de amor en tu libro.

—Sí, pero está ahí escondido el amor, desconfiado. Como un niño herido que está ahí abajo y no quiere abrir la boca por miedo a que lo rechacen. Una palabra que escribo, a uno lo libera y lo condena también. Esas dos cosas van de la mano.

Dice que escribir lo desinhibe, le permite "irrupir dentro de la mentalidad", es "inspirador para otros", y habla de las ideas como modo de transformar la realidad y de



traducir la palabra en acción. Ve a Cristo como "el primer revolucionario, el primer anarquista, el ejemplo de humildad a seguir". Se asume cristiano. Define la escritura de un libro como un "destape de olla". Formaliza aquello que quiere decir pero que no quiere ser. Dice que cuando escribe está gritando, y que eso le permitió sobrevivir: "Todos los que buscaron un cambio en la vida pasaron por la literatura".

Ese cambio en la vida, ese rito de pasaje que significó la escritura y su libro, le permitieron interrumpir la experiencia del encierro. Pararse desde otro lugar para ensayar reflexiones posibles sobre, por ejemplo, el oficio de escritor:

Es como decía García Márquez, es como una ferretería la escritura, ¿no? Donde tenés todas las herramientas para poner a disposición para crear un texto. Digo que muchos escriben pero ¿cómo te puedo decir? No ven a la escritura, o a la literatura como algo hermoso, algo de arte, sino lo hacen como descuelgue. Yo sé que la escritura y la lectura es una cosa seria, digamos, es ponerte a trabajar sobre eso, es transpirar, es como dice (...) 10% de inspiración y 90% de transpiración.

Sobre la escritura como expresión artística:

Pero igualmente, como vuelvo a repetir, muchos escribimos, todos tenemos el arte de expresarnos más que nada: de pintar, de escribir, de hacer música, y todas esas cosas no son más que expresiones del propio ser humano. Lo bueno de la escritura, como yo lo planteo, es tirar una botellita con un mensaje al mar, no importa quién lo lee, pero siempre va a haber alguno que lo va a leer. Es un mensaje.

Sobre el CUD:

Es como una metamorfosis, me siento metamorfoseado por la literatura y por eso las citas que hago. Y el CUD forma parte de eso y yo lo dejo en las paredes. En estas paredes hay citas de lo que venimos leyendo y aprendiendo. Hay pinturas que son murales y que son cosas que nosotros regalamos con amor para el Centro Universitario y para toda la gente que el día de mañana pase por acá.

Será conmovedor entrar al CUD y no ver a Waiki. Pero allí palpitan sus pinturas, sus aforismos. Waiki dejó huella, dejó literatura y arte marginal en esas paredes *graffiteadas* que hoy son escenario de otros estudiantes que se forman, construyen conocimiento colectivo, aprenden y enseñan todos los días. Quizás no lo vean en el CUD, pero recorrerá con su campera Adidas y su *joggineta* los pasillos de Puan 480¹⁰, o se asomará por Fuerte Apache con su traje de *samurai*:

A veces en la batalla, en una revolución o en lo que sea no hay tiempo para ser sutiles. No hay tiempo para agotar la vía administrativa. Porque en ese camino el Servicio Penitenciario hubiese ganado tranquilamente. Entonces era el momento de poner el cuerpo y yo lo hice. No me dolió. Llegué a pesar cuarenta y seis kilos, estaba muy mal fisiológicamente, pero yo seguía. Una maestra me preguntó cuál es el límite, porque me vio muy flaquito. Yo le respondí: "Profesora, muchas veces arriesgué mi vida por nada y esta vez la estoy arriesgando por la educación. Y para mí morir por esto sería más que honroso". Es como un *seppuku* japonés. Morir de esa manera es un honor para el *samurai*. Para mí también.

Conclusiones: lo que perfora un relato

Encuentro en la investigación narrativa un gesto de expresión, resistencia, movimiento y horizonte. Encuentro en la posibilidad de publicar una historia de formación en una revista científica, la oportunidad de poner a disposición el contrarelato de Waiki y de ese modo, ser parte de la construcción de un contrarelato de la historia de la investigación. Lejos de romantizar las historias, con su publicación aspiro a la construcción colectiva de herramientas teóricas, políticas y epistemológicas para transformar las distintas



formas de violencias, entramando saberes y socializando otros modos de vincularnos, cuidarnos, y sobrevivir. Estrategias, saberes y herramientas que al circularse y ponerse en movimiento a través de estas narrativas de resistencia, pueden tornarse documentos pedagógicos de los cuales aprender. Aprendizajes necesarios tanto para el trabajo pedagógico en contexto de encierro, como en distintos espacios y tiempos. Boaventura de Sousa Santos trae, en este tiempo tan particular y hostil atravesado por la pandemia, *La cruel pedagogía del virus* (2020). Allí evidencia entre otras cosas, la dificultad que reviste la cuarentena para ciertos grupos que componen lo que él denomina "el sur" refiriéndose específicamente a "un espacio/tiempo político social y cultural" (p.45). En esa misma línea, en un posteo de Instagram para presentar el libro *Hacer vivir, hacer morir. Pliegues de un encierro que se extiende. Relatos urgentes desde las cárceles argentinas recopilados entre mayo y junio de 2020*, el colectivo YoNoFui afirmaba:

Hay formas de ser y de nacer que son especiales, únicas; muchas de ellas, no elegidas. Hay lugares en los que se nace que hacen que todo (absolutamente todo) sea inherentemente peligroso. A medida que crecemos, leemos y (des)aprendemos, entendemos que el vínculo entre el racismo y la desigualdad no es inocente, que llevar en el cuerpo la orientación sexual, las posiciones políticas-afectivas y la defensa activa de estas puede significar la diferencia entre "hacer vivir, hacer morir".

Todas las cárceles son obsoletas, como sostiene Ángela Davis. En las cárceles de miseria argentinas, las personas reclusas siempre son de la misma clase social, el mismo color y el mismo origen. Lxs presxs se encuentran en medio de un encierro que no empezó con el virus pero que a su aislamiento extenderse más en un ámbito donde la crueldad es moneda corriente. Se nos vuelve necesidad visibilizar desde el privilegio a estos relatos urgentes y rabiosos que no pretenden denunciar, ni convencer a nadie.

Marie Bardet y val flores se preguntan: "¿Hay una escucha capaz de hacer estallar el absceso de una impotencia sistémica para hacerse una vida digna? ¿Puede ser un libro una demoledora voz desde un adentro aterrador, la dirección precaria y volátil de un pequeño grito de libertad?". A nosotres se nos ocurre empezar por presionar ese absceso sistémico resaltando la urgencia de leer a lxs compañerxs que escriben en primera persona este libro. Esperamos sinceramente que perfore todas las retóricas. (2021)

En ese sentido, sugiero que el relato de Waiki que aquí presento inscripto en un trabajo de investigación narrativa, me permitió decir algo sobre un mundo, el de la educación en contextos de encierro. Esta historia nos acerca la potencia colectiva, de lucha, la educación como herramienta política pedagógica, y el sentido encarnado que puede tener esto para un estudiante privado de su libertad. Algo de estas pistas también revela Eugenia en un texto que titula "nos paramos de manos con las palabras", publicado en el marco del Taller Colectivo de Edición y el Encuentro Nacional de Escritura en la Cárcel (ENEC)¹¹: "decidimos cometer un delito (grave para algunos jueces) en un plan estratégico y macabro decidimos estudiar para robarle tiempo al encierro" (2020). La expresión "pararse de manos" remite a estar dispuesto a dar pelea, a enfrentarse, a no acobardarse. Aquí Eugenia, estudiante de la carrera de Letras que comenzó sus estudios en el Centro Universitario de Ezeiza (del Complejo Penitenciario Federal IV), pone de manifiesto una clave de la supervivencia en la cárcel: resistir a través de las palabras. Como decía Waikiki al final de la historia: arriesgar la vida por la educación. De ahí, la potencia del relato, de poder revelar las pistas de lo que hace sentido. De ahí, el gesto solidario de invitar a reflexionarlo, a escribirlo y a ponerlo en movimiento. De ahí, la urgencia de leer a quienes escriben en primera persona.

Relatos necesarios que perforan retóricas y se vuelven urgentes, escuchas que no podemos dejar de ejercitar en estos tiempos, textos que nos ofrecen otras rutas, invitaciones que resultan gestos de resistencia, movimientos que construyen otros horizontes. La invitación es a narrar una historia, la propia y la colectiva y ponerla a



circular para que esa narrativa sea una herramienta, un aprendizaje, un modo poético, corpóreo, vital y colectivo de "pararnos de manos".

Sin embargo, no pretendí hacer aquí un análisis pormenorizado de los resultados, pistas y conclusiones que arrojaron los relatos de experiencia como puntos de partidas, sino más bien, compartir la potencia que significa para mí la transición de la posición arrogante y falaz del "dar voz" a los sujetos, al gesto generoso y colectivo de invitar a escribir y dar a leer.

Referencias bibliográficas

- Alliaud, A. y Suárez, D. (2011). El saber de la experiencia. Narrativa, investigación y formación docente, 3. Bs. As., FFyL-UBA y CLACSO.
- Betina. [TallerColectivoEdicion]. (9 de julio de 2021). BOTELLAS ROTAS por Betina De la serie "Botella al mar". [Imágenes adjuntas] [Publicación de estado]. Facebook. <https://www.facebook.com/TallerColectivoEdicion/posts/1976714449171899>
- Bolívar, A. (2002). ¿De nobis ipsis silemus? Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación. Revista Electrónica de Investigación Educativa, 1(4).
- Clandinin, D. y Connelly, F. (2008). Relatos de experiencia e investigación narrativa. Larrosa, J. y otros. Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación. Barcelona:Laertes.
- Contreras, D. J. (2016). Relatos de experiencia, en busca de un saber pedagógico. Revista Brasileira de Pesquisa (Auto)biográfica. 1(1). 14-30
- De Souza, E. C. (2010). Modos de narración y discursos de la memoria: biografización, experiencias y formación. Memoria docente, investigación y formación. CABA: FFyL-UBA y CLACSO.
- Delfino, S. y Parchuc, J. P. (2017). Narrar para reescribir: experiencias pedagógicas en contextos de encierro. En Gerbaudo, A. y Tosti, I. (eds.). Nano-intervenciones con la literatura y otras formas del arte, p. 109-142. Santa Fe:Universidad Nacional del Litoral.
- Delory-Momberguer, C. (2009). Biografía y educación. Figuras del individuo-proyecto. CABA: Facultad de Filosofía y Letras/Universidad de Buenos Aires- CLACSO.
- Delory-Momberguer, C. (2015). El relato de sí como hecho antropológico. Murillo, G. (comp.), *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria*, 4. CABA: FFyL-UBA y CLACSO.
- Eugenia. [@TallerColectivoEdicion]. (23 de octubre de 2020). Nos paramos de manos con las palabras. [Imágenes adjuntas] [Publicación de estado]. Instagram. https://www.instagram.com/tv/CGsu8HxAaoe/?utm_medium=copy link
- Larrosa, J., et al. (1995). Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación. Barcelona:Laertes.
- Naput, A. (2021). Escribir, enseñar, hacer mundo entre amigos. Poéticas de la vida cotidiana. Educación y Vínculos. 4(7). 102-121.
- Parchuc, J. P. (26 de abril de 2021). Un hilito de luz: usos de la literatura y otras formas de arte y organización en la cárcel. Educação Unisinos 25(2021). 1-17
- Porta, L. (2021). Dislocar sentidos y producir movimientos sensibles. En La expansión de lo biográfico en la performatividad de una pedagogía inestable. En Porta Luis (coord). La expansión biográfica. (pp. 31/80.) CABA: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Colección Narrativas, Autobiografías y Educación
- Porta L. y Flores, G. (2017). Investigación narrativa en educación: la expansión del valor biográfico. Revista del IICE (41). 35-46.



- Rubin, M. J. (2020). Políticas y dinámicas editoriales en contextos de encierro: la experiencia del Taller Colectivo de Edición. En Parchuc, Juan Pablo et al. *Escribir en la cárcel. Prácticas y experiencias de lectura y escritura en contextos de encierro* (pp. 117-148.). CABA: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Tranier, J; Bazán, S; Porta, L; Di Franco, M. G. (2020). Concatenaciones fronteras: pedagogías, oportunidades, mundos sensibles y COVID-19. *Praxis Educativa*. 24 (2). 1-18.
- Santos, B.d S. (2009). *Epistemologías del Sur*. México: Siglo XXI.
- Santos, B.d.S. (2020). *La cruel Pedagogía del virus*. CABA:CLACSO.
- Sbdar, J. y Parchuc, J. P. (2020). "Adentro del penal pasaban cosas para las cuales no teníamos nombre". Entrevista a Liliana Cabrera. En Parchuc, Juan Pablo et al. *Escribir en la cárcel. Prácticas y experiencias de lectura y escritura en contextos de encierro* (pp. 231-242.). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Suárez, D. y Argñani, A. (2011). Nuevas formas de organización colectiva y producción de saber pedagógico: La Red de Formación Docente y Narrativas Pedagógicas. *Revista da FAEEBA Educação e Contemporaneidade*. 20(36). 43-56.
- Suarez, D. y Bustelo, C. (2020). "Escritura académica, relatos de experiencia y giro narrativo en el encierro global. La historia de Lili y el mundo de la vida en la cárcel". En *Revista COMMUNITAS* (ISSN: 2526-5970). 4 (7). 368–385.
- Yonofuii.[@yonofuiorg]. (28 de mayo de 2021). Reposted from [@lalibrearteylibros](#) Hay formas de ser y de nacer que son especiales, únicas; muchas de ellas, no elegidas. [Publicación].Instagram.
https://www.instagram.com/p/CPbk3vdA8L9/?utm_source=ig_web_copy_link
- Zelco, D. [Canal Filo UBA] (7 de octubre de 2020). *Escribir en la cárcel. Prácticas y experiencias de lectura y escritura en contextos de encierro* [Archivo de video]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=o_Poq4p1oWM

Notas

¹ Doctora en Ciencias de la Educación (UBA) y Lic. en Ciencias de la Educación (UBA). Becaria post-doctoral de CONICET. Pertenece al Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (IICE/FFyL/UBA). Coordinadora pedagógica y docente del Programa de Extensión en Cárceles (PEC/FFyL/UBA). Integra como investigadora formada el Proyecto de investigación UBACyT "Escribir en la cárcel: intervenciones con la literatura y otras formas de arte y organización" (Programación Científica 2018), dirigido por el Dr. Juan Pablo Parchuc. Miembro del comité organizador del Encuentro Nacional de Escritura en la Cárcel. Tutora del Programa Específico de Doctorado "Investigación Narrativa y (Auto) biográfica en Educación" de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). <https://orcid.org/0000-0002-8640-8124> bustelocce@gmail.com

² YoNoFui es un colectivo feminista que trabaja en proyectos artísticos y productivos, dentro y fuera de las cárceles de mujeres, de Argentina. En el capítulo "Territorios pedagógicos en el (contra el y a pesar del) encierro" de la tesis doctoral, se describe de manera más exhaustiva YoNoFui como territorio político pedagógico. Liliana Cabrera es poeta, fotógrafa, editora y youtuber. Tiene tres libros de poemas publicados: *Obligado Tic Tac* (2011), *Bancáme y punto* (2013) y *Tu nombre escrito en tinta china* (2014), todos editados por su propio sello editorial Bancáme y Punto. Su historia es una de las cinco producidas en el marco de la tesis "Experiencias de formación en contextos de encierro: un abordaje pedagógico desde la perspectiva narrativa y (auto) biográfica"(Bustelo 2017). pp84-103. Disponible en:

http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/4363/uba_ffyl_t_2017_se_bustelo.pdf?sequence=1&isAllowed=y

³ El Taller Colectivo de Edición (TCE) es un curso extracurricular que forma parte del Programa de Extensión en Cárceles (PEC), dependiente de la Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil (SEUBE) de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA). El TCE edita y publica tres revistas: *La Resistencia*, en el Centro Universitario Devoto; *Los Monstruos Tienen Miedo* y *Desatadas*. Lanzate a volar en dos de las sedes del Centro Universitario de Ezeiza. Estos espacios funcionan en el marco del Programa UBAXXII de educación en cárceles y las revistas se publican bajo el sello editorial de la Facultad de



Filosofía y Letras. En el marco del aislamiento social preventivo y obligatorio dictaminado para hacer frente a la emergencia sanitaria desencadenada por el virus SARS-COV-2, el TCE dejó de asistir a los centros universitarios pero siguió en contacto con sus estudiantes. Desde abril de 2020 publican su producción en su blog: <https://tallercolectivoedicion.wordpress.com/> y en sus redes sociales (facebook e instagram) @tallercolectivoedicion

⁴ Buzones: otra forma de llamar a la celda de castigo, como tubo o confinamiento.

⁵ Este movimiento depende de la disponibilidad y potestad del Servicio Penitenciario. Ya que puede no haber móviles de traslado, personal, o voluntad, aun estando la orden del Tribunal.

⁶ "Bajar" a educación significa acceder a educación, llegar al centro universitario, a la escuela, o al sector de educación en donde realizan la actividad.

⁷ El Pabellón 50 del penal de Devoto está preparado para recibir a personas privadas de la libertad que se encuentran en una fase muy avanzada de su condena, incluyendo a los estudiantes del CUD. Se encuentra fuera del perímetro y del cordón de seguridad. Los internos de este pabellón gozan de un tratamiento acorde con esa situación previa a su salida del penal. Allí se encuentran alojadas hoy quince personas.

⁸ Se denomina peculio a la remuneración que perciben por su trabajo las personas privadas de la libertad

⁹ Cacho, Rodolfo Rodríguez, estuvo detenido en la cárcel de Devoto, entre otras. Su historia es una de las cinco producidas en el marco de la tesis "Experiencias de formación en contextos de encierro: un abordaje pedagógico desde la perspectiva narrativa y (auto) biográfica" (Bustelo 2017). pp104-118. Disponible en: http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/4363/uba_ffyl_t_2017_se_bustelo.pdf?sequence=1&isAllowed=y

¹⁰ Sede de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

¹¹ El ENEC es un evento anual organizado por el Programa de Extensión en Cárceles y el Departamento de Letras (FFyL/UBA). Busca abrir un espacio de reunión y debate sobre la palabra escrita y las lenguas, políticas y acciones que la atraviesan. Su objetivo es poner en circulación saberes y prácticas vinculadas a la lectura y la escritura, la producción cultural y artística y las distintas formas de organización e intervenciones desde el arte, la cultura y la educación en contextos de encierro a nivel nacional. La programación propone conferencias y paneles temáticos, mesas de lectura, presentaciones de libros espectáculos en vivo, talleres, reuniones de trabajo, muestras de arte (pintura, fotografía, afiches), proyección de cortos y material audiovisual, exposición de libros, revistas y otras publicaciones producidas intramuros, y feria de productos de diseño elaborados por cooperativas y proyectos sociales vinculados al tema